



El escondite de la Geni

José Luis Murcia

Justo debajo de las tablas de aglomerado que albergaban los cítricos (naranjas, limones y hasta pomelos y limas), Geni acostumbraba a jugar todos los días cuando salía de la escuela y su abuela la acompañaba hasta el puesto de frutas y hortalizas que hasta hace apenas cinco años ella misma regentó junto con su madre, que ahora se afanaba por intentar vender, en la medida de lo posible, la mayor parte del género. Y es que los tomates, gordos y carnosos como ellos solos, empiezan a ponerse blandos y si no consigue colocarlos hoy, aunque sea a los clientes de última hora y a un precio apañado

con la excusa de que van a ser para freír, igual son ellas, como ocurre muchas veces, quienes se los tienen que comer. O freírlos y embotarlos para el invierno. Pero este año ya tienen muchos y lo mejor es venderlos y conseguir algo de dinero con el que ir a comprar más productos para los días siguientes y apartar algo para el día a día. Un día a día que cada vez resulta más antipático. Y es que las cosas no andan bien. Y el fiado continúa. Y la Joaquina sigue con su hombre en la cárcel. Porque era rojo o yo qué sé. Porque perteneció al sindicato cuando la guerra y todo eso. Las historias de siempre. Los señoritos de siempre. Y los perdedores de siempre. Y la Daniela sigue

fastidiada con los dolores de espalda y su marido con poco trabajo. Cuando le avisan. Pero ya se sabe, habla mucho, pide mucho y hay otros que apenas reclaman, que se muerden la lengua y son más dóciles. Porque el capataz es el que manda y al que se tuerce, pues no lo llama. Y hay muchos días que no les llega. Y la Dominga, que desde que se rompió la cadera no es la misma, y con la hija preñada y coser para otros, tampoco da para mucho. Y menos ahora que con la edad cada vez ve menos y no puede permitirse el lujo de comprar unas gafas. Si es que no tienen ni para comer y ahora otra boca más. Y sin padre...

¿Y qué le vamos a hacer hija mía? Hoy por ti, mañana por mí. Así es la vida. Y si no nos ayudamos entre nosotros, los pobres, ¿quién nos va a ayudar? Porque, como dice usted, madre, los señoritos son los señoritos..., y esos van siempre a lo suyo. Sí que es verdad que algunos son mejores que otros, pero a la postre entre ellos hacen piña y a nosotros que nos den. Como ha sido siempre. Y es que no corren buenos tiempos y esto no endereza aunque en el "parte" digan que está todo bien, que hay mucho orden y que España es la envidia del mundo porque aquí se vive muy bien y el Caudillo nos ha traído la paz. Pero yo sólo veo que no llegamos a fin de mes, que la mayor parte de nuestra parroquia come lo justo y paga cuando puede y que con lo que yo saco en el mercado, y los ahorrillos de usted, que casi ya no quedan, nos las vemos y nos las deseamos. Y eso que no tenemos casa de relumbrón ni criada que nos la avé ni ropas de mucho fuste..., pero es que, madre, no tengo ni para comprarle a la Geni unos zapatos para este invierno porque los que tiene son ya de hace dos años y la chiquilla crece como un demonio y la puntera, además, está más rala que un rastrojo en el mes de agosto.

Y así uno y otro día. Sin esperanza o con la esperanza de que algún día esto cambie y vengan los nuestros. Pero, madre, quiénes son los nuestros..., porque yo ya ni lo sé. Lo único que veo es gente temerosa, que mira al suelo, que baja la mirada cuando le habla el señorito...; sí, el mismo que, según dicen, tiene dos hijos que son de los nuestros. ¡Ca de los nuestros!... Si alguna vez

llegan, pues mandarán igual que el padre y los que trabajaremos y nos veremos en estas seremos las mismas, porque esto no hay quien lo arregle y mientras el mundo sea mundo se suceden entre ellos, se llamen como se llamen, y los demás a pasarlas moradas como ahora, como antaño cuando el abuelo trabajaba de gañán, como siempre.

¿Y la Geni? Diablo de chiquilla. Siempre está en lo mismo, en el juego, en las trastadas, en sus sueños de princesa. ¿Y qué quiere usted que haga? Si es una cría de seis años, más lista que el hambre, según dice doña Mercedes. Porque ha tenido suerte en dar con una maestra como Dios quiere y manda y no con un zancocho de los de tente y no te menees como las otras señoritingas que están en esa escuela. Y es que madre, aunque maldiga algunas veces sus andanzas, porque una tiene en mil cosas la cabeza, qué contenta estoy con mi Geni. Podía haberle dado como a esas zangolotinas que no dejan a su madre ni a sol ni a sombra y que parece que les ha hecho la boca un fraile porque no hacen otra cosa que pedir. A nosotras, la chicuela nos ha salido gallarda. Y bien despabilada. Tiene más levas que los ratones colorados, aunque eso sí, ha hecho del mercado su mundo y raro es el día en que no hay que ir a buscarla porque se esconde. Y a mí, para qué voy a engañarla a usted, madre, me da el palpito de que un día se va a perder y no la vamos a ver más, que es lo que nos faltaba, por si ya la vida no nos ha dado a las dos bastantes sobresaltos. Para la Geni era bien fácil. Tras salir de la escuela, donde buena parte del tiempo lo pasaba soñando despierta, llegaba al puesto de su madre y las verduras y las frutas se convertían en la carga de un barco que salía con rumbo al Caribe y que siempre volvía antes de echar el cierre, a eso de las tres, e irse a la escuela de nuevo para cumplir con la jornada de tarde. Su madre la arreglaba con un bocadillo de jamón, una cata de aceite y tomate con un poco de bacalao encima o una onza de chocolate con pan. Luego en la cena procuraban llenar mejor la tripa, aunque la Geni, todo lo que comía, lo convertía en picardías, según su madre, que no paraba de lamentarse que fuera

tan inquieta. Pero su abuela siempre recordaba que don Anselmo, el médico del pueblo, insistía en que a los críos había que dejarlos que corrieran, saltaran e hicieran diabluras porque si un chiquillo o una chiquilla se están quietos en su casa, una de dos: o están enfermos o es que son tontos. Y mi Geni puede ser cualquier cosa menos tonta... pues menuda es la cría. Y menudo genio gasta, que ha salido al cabezón de su padre que en gloria esté.

La Geni siempre hacía lo mismo. Destapaba la rejilla, que iba directamente al alcantarillado desde el puesto de su madre y metía por él su diminuto cuerpecillo, porque parece mentira que tenga seis años esta cría. Cualquiera que la vea no se lo cree y es que tiene menos chichas que un canario. Yo no sé los kilos que tenga, ni quiero saberlo, pero con la romana la pesamos y crea usted, madre, que no va a haber que ponerle muchas pesas en la vara. ¿Pero dónde está la condenada cría? Ya me la ha vuelto a jugar. Y cuando desaparece no vuelve de nuevo aquí hasta la hora de la escuela. Eso sí, nunca falla. Y pobre de ella, madre, como se le ocurra un día no estar aquí a su hora. Pero no sé por qué digo eso. Siempre vuelve. Y lo hace puntual. Como debe ser. Como siempre le hemos enseñado. Y es que, madre, como usted me inculcó, en esta casa seremos pobres, pero honrados y cumplidores a carta cabal. Que eso sí que lo hemos mamado de usted. Y de padre, que en paz descanse.

El camino estaba plagado de pinsapos centenarios y de tarayes, con esas caprichosas formas que el viento les ha dado. Soplaba un viento tenue, suave pero, a la vez, misterioso y frío. Las hojas de los chopos que había más adelante, junto a un caudaloso arroyo plagado de nenúfares sobre los que se aposentaban las ranas con esa cara cachazuda de general golpista, se movían de manera caprichosa como si hubieran esparcido ventiladores por doquier y cada uno de ellos soplara hacia donde le viniera en gana. La Geni se quedó mirando absorta hacia un grupo de juncos que se agolpaban en uno de los meandros del arroyo. Estaba allí, como si formara parte del paisaje. Era pequeño, muy pequeño, pero

muy guapo. Portaba un gorro verde con una borla multicolor y todo su porte era humano. Y proporcionado. Era como si lo hubieran dibujado a escala 0,35. Miró a la Geni, como siempre hacía, y la exhortó a acercarse a él. Algo que hasta ahora nunca había hecho. Otras veces, el hombrecillo se quedaba mirando, sonreía y se mimetizaba con su ridículo traje verde como si formara parte indisoluble del paisaje. Y la Geni miraba fijamente hacia el lugar donde estaba siempre, pero era como si no estuviera. Como si estuviera ausente. Como si se hubiera volatilizado. Ella siempre creyó que era un sueño. O que quizás desaparecía de verdad y se iba a su casa. Si es que tenía una casa... O se sumergía en las todavía caudalosas aguas del arroyo. Pero no. Había llegado a la conclusión de que el hombrecillo estaba ahí. Seguía ahí.

Cuando la Geni se acercó, el hombrecillo, al contrario que las veces anteriores, no se estuvo quieto. Dio un respingo y saltó, como si tuviera un muelle en el culo, al centro del camino, a un sendero plagado de hierbas a ambos lados donde abundaban las rúculas salvajes. El hombrecillo preguntó a la Geni si le gustaba la rúcula, pero ella negó con la cabeza. Al final, dijo que la encontraba demasiado amarga y que no entendía la moda de su consumo que empezaba a extenderse hasta en las clases bienpesantes de la ciudad. Pero el hombrecillo no dio su brazo a torcer y siguió interrogando a la niña. Le preguntó por el colegio, por su madre, por su abuela, por sus juegos en el mercado, por sus relaciones con los otros niños, prácticamente inexistentes porque, según ella, piensan como los adultos, carecen de imaginación y sólo saben hablar de números, potencia de los tractores y partidos de fútbol, temas todos que a ella le aburrían soberanamente.

Pero el hombrecillo, que no paraba de hablar, preguntó a la Geni por la llave de los siete dientes, una llave de color herrumbroso que hace unos días encontró bajo la única acacia que orilla el camino y guardó en uno de los rincones del puesto de su madre. La Geni se puso pálida porque, cuando la cogió, estaba segura de que tenía dueño y que debía dejarla en el mismo sitio. Re-

cordaba que estaba escondida, y bien escondida, dentro de un cofrecillo pequeño, de color anaranjado y con grandes remaches de clavos, que se encontraba justamente en un hueco del tronco. Entonces pensó que seguro que la llave tenía dueño, ya que el interior del baulito, donde se hallaba, estaba perfectamente cuidado y la llave estaba envuelta en una magnífica tela de seda color púrpura que recordaba el atuendo de los jerifaltes de la iglesia en días señalados, cuando confraternizaban con las fuerzas vivas en una estampa idílica que tapaba el grito desgarrado de presos y torturados y el miedo en las caras de buena parte de los ciudadanos que paseaban con desconfianza, mirando a uno y otro lado con temor, por las calles del pueblo.

Y fue ese miedo, el miedo de toda una sociedad, el que sintió la Geni cuando volvió al mercado con la llave y la guardó, muy bien oculta, por cierto, debajo de una tela de fieltro que su madre había dejado allí en alguna ocasión. La Geni comenzó a balbucear y a pedir perdón por lo que ella consideraba un robo, pero el hombrecillo la tranquilizó. Le dijo que la llave era de su madre y que, como es lógico, es a ella a quien se la debía devolver. Así quedaron para el día siguiente. Pero en lugar de esperarla sobre los juncos, señaló con el dedo a lo lejos un molino de agua semide-ruido y con reminiscencias de haber padecido un severo incendio, como nuevo lugar de encuentro. La Geni, con su sexto sentido, se percató de que apenas quedaban diez minutos para las tres de la tarde y que debía prepararse para volver a la escuela, si no quería romper la magia de sus aventuras de manera poco afortunada.

La Geni, madre, está hoy más dicharachera que nunca para como es ella. Una de dos, como dice usted, o ha comido lengua o urraca. Desde que llegó del colegio por la tarde me tiene la cabeza loca. Que si cerca del arroyo de la Vega hay un molino quemado, que si a la gente le gusta la rúcula cada vez más, que si las ranas tienen cara de banqueros, que si los nenúfares son como barquitos para la escasa fauna del arroyo. Y es que no para, madre. Hoy no para de hablar. Yo no sé qué diablos le pasa a la chicuela. Imagínese us-

ted, madre, que me ha preguntado si vive alguien en el molino, ese que quemaron unos de la Falange nada más acabada la guerra que se llevó por delante a la jefa de la CNT y a su ahijado el "Mediopolvo". ¿Se acuerda usted, madre, del muchacho, que parecía un duendecillo con ese trajecillo verde que no se quitaba ni para acostarse y ese gorro del mismo color, y con una borla que parecía el arco iris?

Hoy el viento parecía llegado de los polos. Soplaban con muy poca fuerza, pero el cuerpo de la Geni lo percibía gélido, sensación que se agudizaba con esa aguanieve que se le venía a la cara de manera irremediable y que apenas le dejaba ver el camino del arroyo. Por costumbre se fue hacia el meandro pero, tal y como le había dicho, el hombrecillo no estaba allí. Ni siquiera las antipáticas ranas se dejaban hoy ver encima de las hojas de los nenúfares, que brillaban de una manera especial por la película que formaban las gotas de agua que caían desde hace algo menos de una hora de manera intermitente. Por fin llegó al molino y vio cómo una puerta desvencijada golpeaba de un lado a otro con ruido de goznes y de madera que choca contra las piedras. Por un momento estuvo a punto de volverse atrás. Sintió miedo y pensó en echar a correr. Estaba semiparalizada y cuando oyó un grito desgarrador, que era repetido por un eco constante al que acompañaba el viento, ahora sí con más virulencia que nunca, no lo pudo remediar y se orinó encima.

El hombrecillo estaba sentado sobre un poyo de piedra con manchas negras y le preguntó si había traído la llave. La Geni asintió con la cabeza y se puso colorada como un tomate cuando le preguntó que por qué se había meado. En un primer momento estuvo a punto de mentir y decirle que estaba mojada por la lluvia que estaba cayendo. Pero optó por callar. Sacó la llave de una bolsa de plástico y la desenvolvió del papel de estraza que la cubría. Pero el hombrecillo la rechazó y dijo que debía devolvérsela a su madre, ya que era ella la propietaria. Después de las preguntas de rutina sobre la escuela y el mercado, el hombrecillo le tendió la mano y ambos salieron al exterior. El viento arreciaba y a lo lejos se vislumbra-

ba un cementerio cubierto por una espesa niebla en el que podían distinguirse tumbas sin inscripciones, sin cruces, sin cirios y sin el colorido habitual de las flores. Únicamente, y ya cuando estuvieron más cerca, podían verse algunos nenúfares flotando en el aire como si estuvieran en el agua del arroyo.

La Geni no entendía por qué se sentía ahora tan segura de la mano del hombrecillo cuando la tenía gélida y su cara apenas tenía expresión. Bueno, realmente, en su rostro se dibujaba el miedo, ese miedo cerval que había visto tantas veces en su madre, en su abuela y en sus vecinos. Cuando estaban en el medio del luctuoso lugar, emergió entre la niebla la figura de una mujer pálida de piel, rubia como el trigo y de andar cansino que iba vestida con uniforme de soldado republicano y que portaba en su solapa una banderita con los colores rojo y negro de la anarquía. Le tendió la mano y recogió la llave. La Geni quiso, de manera balbuceante, pedir perdón, pero la señora, que dijo llamarse Guillermina “La Molinera”, puso sus dedos sobre los labios de la chiquilla para que se callara.

La puerta aldeaña al cementerio estaba todavía más herrumbrosa que la llave y el crujido se asemejó al chillido de un cerdo por San Martín, pero finalmente cedió y dejó paso hacia una fuente-cilla construida con azulejos de Talavera que, de forma cadenciosa, hacía tintinear el agua sobre su base. Continuaron por un senderillo hasta una especie de porche donde había multitud de huecos en la pared. De uno de ellos, la madre del hombrecillo extrajo un legajo de papeles que entregó a la Geni y le dijo que no los abriera hasta que hubiera llegado al mercado.

Esta vez, la Geni se entretuvo un poco más de la cuenta y recibió una bronca de su madre porque faltaba sólo un minuto para las tres de la tarde cuando apareció por el puesto. Dejó los papeles debajo de la tela donde, con anterioridad, había escondido la llave y no dijo nada. Su madre se puso hecha una furia cuando se dio cuenta que venía empapada. Y menos mal que no se percató del fallo de su esfínter.

La Geni no tenía ni idea de quiénes eran Salva-

dor Seguí “Noi del Sucre” y Buenaventura Durruti, de los que tanto se hablaba en los escritos que le habían entregado el día anterior el hombrecillo y su madre, pero le extrañó que en su excursión de hoy no había rastro de ninguno de los dos en el molino ni del hombrecillo en los junco. Pero lo más extraño es que el cementerio, en el que había estado el día anterior, había desaparecido. Era como si se lo hubiera tragado la tierra o el viento se lo hubiera llevado. Entre los papeles encontró carnés de la CNT-FAI y cédulas de identificación de nombres que no le decían nada. Hasta que llegó al de su abuelo. No había ninguna duda. Era él. Calixto Velázquez Oña. Junto a él, su partida de defunción. El deceso se había producido por paro cardíaco. Exactamente igual que el resto de los fusilados de la zona. Y es que allí, al menos oficialmente, nadie fallecía de forma violenta.

Hoy el Mercado de Maravillas estaba de bote en bote. Es cierto que la escasez continuaba dominando Madrid en estos años. La guerra había terminado hace apenas ocho años y el hambre y el miedo aún se palpaban en las calles de la capital de España. El mercado fue inaugurado hace menos de dos años y el edificio es un continuo bullir de gentes en este sábado en el que la gente se prepara para descansar el domingo, si es que puede. Todavía los chiquillos siguen yendo a la escuela los sábados por la mañana. Es verdad que ese día lo dedican a otros quehaceres de los habituales. Los maestros se afanan en inculcar a los niños los principios del nacionalcatolicismo, aunque doña Mercedes, con mucha cautela porque no están los tiempos para bromas, intenta explicarles el rostro humano de Dios y la labor de ayuda a los demás de la Iglesia, bueno, de unos pocos miembros de la Iglesia. Y la Geni ha llegado al puesto poco después de la una más contenta que unas castañuelas. Se ha sentado debajo del puesto como hace siempre y a la altura de los ojos ha quedado un papel de periódico de los que pone su madre debajo de la fruta. En él, de manera parsimoniosa, ha podido leer que Guillermina “La Molinera”, a quien describen como una peligrosa guerrillera anarquista, ha perecido

junto a su hijo, de padre desconocido, en un incendio accidental. La fecha del periódico es de abril de 1941...

Y la Geni, sobresaltada, se introduce de nuevo por la tapa de la alcantarilla y corre desesperadamente hasta el arroyo. Dirige sus ojos hacia el meandro y no ve a nadie, corre despavorida hacia el viejo molino que ofrece la fantasmagórica imagen de un lugar abandonado y arrasado por el fuego. Mira a izquierda y derecha y no vislumbra rastro alguno del cementerio en el que estuvo hace algunos días con el hombrecillo y su madre... Por un momento, la cabeza le da vueltas y decide sentarse en el camino, coge sin prestar atención algunas yerbas, entre las que abundan las rúculas, y las aplasta con los dedos. Después vuelve corriendo al mercado de donde sale un infernal ruido de voces y trasiegos. Asoma la cabe-

za por el agujero de sus andanzas y ve las cansadas piernas de su madre, llenas de varices y moretones, mientras atiende a sus parroquianas... A lo lejos, encima de la cornisa de la pescadería de Chencho, cruzado de piernas y con la misma indumentaria de siempre, el hombrecillo le guiña el ojo, se da la vuelta y se esfuma en el aire... La Geni, ante el asombro de su madre y su abuela, que se afanan por atender a la gente, pregunta en voz alta: ¿Por qué mataron al abuelo Calixto? Mientras, el bullicio continúa en el populoso Mercado de Maravillas, de la capital de España.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Maravillas de Madrid**.